

CRONICA DEL COLEGIO

A insinuaciones obligantes y amables se debe mi presencia en esta Revista. Bien se me alcanza lo ponderoso de mi labor, pero héla acometido con ánimo resuelto, seguro de que quienes me lean, verán en ella un mero ensayo literario a que todo estudiante tiene derecho.

Quizás a muchos no parezca corriente mi papel de escritor, pero ello no me interesa. A mis posibles críticos sólo quiero invitarlos a dejar sus censuras y a afrontar, ellos también, el tormento de verse en letras de molde, así apreciarán el valor de tal paso.

No será mi asunto ni complicado ni abstracto. Nada de eso. Únicamente pretenderá recoger, sencilla y cariñosamente, sucesos y ocurrencias de estos claustros. Tal vez encontraré de ese modo para mi escrito una simpatía que apetezco, en gracia, siquiera, a la intimidad que él entrañe.

Mas antes de empezar me será permitido que dedique a mi pueblo algún recuerdo.

Siendo así que del Rosario vengo a hablar y habida cuenta de que en esa ciudad acogedora, pacífica y señorial fue donde mi alma gustó las ilusiones primeras y los iniciales entusiasmos por esta casa de Fray Cristóbal de Torres, no hallo extemporáneo el nombre de Buga en estas páginas.

Si, oportuna se me hace la memoria de aquella tierra signada de grandeza y ufana de tradiciones, porque en ella fue donde un amigo imponderable que, de hijo del Rosario pasó a subregentar los claustros de un meritísimo Colegio del Guadalajara, me instruyó sobre las glorias del Mayor y me ponderó sus bondades y la nobleza de su historia.

Ardentísimo deseo alimenté, desde luego, por gozar de esas preciadas excelencias.

En su logro, decidí un día abandonar mi terruño; borrar de mis ojos la imponente belleza de sus montañas; perder de vista las rojas torres de su gótico santuario; sumergirme de lleno en un medio distinto al encantador de la provincia, todo apacibilidad y llaneza, y dejar muy lejos las inmensidades de ese valle sin par, que es alegría, embeleso y plegaria.

Por lograrlo, dije adiós a mi casa paterna, donde brindame el amor sus gajes más preciosos, y sacrifiqué mi tan mimada libertad.

Y en el mes de febrero estos claustros me acogieron amorosamente.

Aquí han corrido mis días en felices y desesperantes alternativas. Desesperantes, porque fácilmente se entien- de la impresión de inconformidad a un régimen de su- jeción y vigilancia, cuando se han tenido libres las alas; desesperantes porque el silencio obligado me produce cansancio y el largo reposo me proporciona desazón. Mas felices también porque, en ellos, cumplido va que- dando un sacrificio que quise echarme a cuestras, en aras de mi propio porvenir y porque el Rosario sabe com- pensar generosamente las horas de contrariedad que en él puedan vivirse. Esta indemnización se opera en mu- chas formas y tengo para mí que la más bella es la de las amistades porque, cuando ellas aquí se hacen, son duraderas y perfectas, aunque esto parezca imposible en una crecida agrupación en la que individuos y caracte- res son contrapuestos.

Cada quién tiene sus simpatías y cada cual su círcu- lo sin que en nada se oponga la complicada mezcla del refinamiento y exquisitez del bogotano con el desparpajo y *sans façon* del costeño; la circunspección y prudencia del cundinamarqués de provincia con la soltura y ver- bosidad del caucano; la sencillez y el atractivo de an- toloqueños y huilenses o el bello corazón y aquilatada gentileza del narriense modesto con la simpatía y donaire del santandereano indómito.

Mi círculo es por demás aceptable. Allí se curan las asperezas, se disimulan los defectos y se toleran las im- pertinencias. La charla fluye en un ambiente familiar y los temas se suceden unos a otros. Cuatro rosaristas lo componemos y conjugamos siempre una inteligencia de Nariño con el Valle y de ambos con Cundinamarca. Todos somos amigos con amistad que convence y esti- timula. Separarnos nos sería doloroso, me tomo el de- recho de decirlo y como el nuestro, muchos centros existen en el Rosario donde la sinceridad retoza, palpita la alegría y hace fiestas la risa. Y es que esta vida cons- tituye la del estudiante, ese sér loco, caprichoso y vo- luble, a un tiempo mismo, que parece disfrutar del tiem- po con mayúsculo desentendimiento pero que, en el fondo, vive atormentado de ilusiones, acosado de espe- ranzas y lleno de felicísimos planes.

Mas, sobre todos los grupos, está uno de singular ascendiente. Es el de los Superiores, el que manda, amonesta, vigila y defiende. Allí el Rector solicita para su nombre, antes que el título que le distingue, el dic- tado cariñoso de estudiante. Lo asesoran en su cargo un levita de complacido rostro y dulce voz de mando, quien toma aspecto de verdadero estudiante cuando luce su Inconfundible cachucha, y un togado todo cultura y comprensión, a quien Dios hizo de tal modo que ni aterrara por su estatura ni retrayera por su severidad.

Los profesores son estimados en estos claustros. El rosarista no busca en ellos sino método, capacidades y caballerosidad. Existentes estas condiciones lo demás es detalles, sin que en nada disuene una obesa figura, un hablar afrancesado o un hábito talar.

Algo que despertaba siempre mi curiosidad era la «Quinta Mutis». Me la imaginaba una de esas casas de campo que en mi tierra abundan, donde acuden en el verano las familias amigas a disfrutar de una cosecha de madroños o a responder por una gallina exquisita-

mente preparada. Quizás no andaba yo lejos, aunque cerca tampoco estaba.

Es la «Quinta Mutis» una propiedad del Colegio del Rosario donde se educa una cuarentena de muchachos en familiar y comfortable ambiente.

Allá es nuestro refugio cada jueves, a donde vamos a gozar del aire libre, a disfrutar del sol y a matar el tiempo. Un paseo de quince minutos, en tranvía, nos pone en los Barrios Unidos. Allá debemos pasar las horas de la tarde.

De buen gusto es la distribución de la Quinta. Por el frente, un jardín extiende su belleza. Los claveles ostentan allí lozanía y lucen su lila los pensamientos.

Un busto desnarigado del gaditano lamenta los irrespetos de los alumnos y da pase para seguir a la casa donde funciona la anexa del Rosario. Es ella amplia, aseada y bien dispuesta.

Atrás, las canchas de tennis invitan a los jugadores mientras el campo de foot-ball pide un balón para calmar su quietud. La espera no es larga porque a pocos minutos de llegados los estudiantes a la Quinta el último luce de camisetas multicolores y la primera impone la gracia de las raquetas y el blanco empolvado de las bolas de juego.

Dadas las cinco tornamos a la capital a internarnos de nuevo en estos severos claustros. Entonces, muchas veces, he querido reconstruir, sin conseguirlo, la escena angustiosa de una tarde de febrero en que, por vez primera, me vi recluso en el Rosario. ¡Memorable día aquél, en verdad! Las arcadas del edificio abrían para mí unas bocas descomunales, mostrándome largos corredores que se me antojaban inmensos pasadizos por donde deambulaba la disciplina armada de férula; los muros, sembrados de placas, hablábanme de paredes de camposanto cargadas de lozas funerarias; la misma efigie del dominico fundador se me hacía la de un impla-

cable inquisidor! Tan grande fue mi descorazonamiento cuando sentí cumplido mi sacrificio y tanto mi terror ante lo que no había vivido que urdía fantasmas donde sólo caben bondades.

Sí, porque el fraile español debió ser una amable persona en su vida terrena cuando su obra ha sido tan completa y cuando en la existencia de piedra en que hoy le vemos muestra tan apacible rostro y ostenta tan suave sonrisa de anciano.

Sí, porque yo he anotado tumbas donde sólo se respira la gratitud en sentidas leyendas y donde la severidad me hacía muecas, solaz y desahogo existen.

Y cabriame reato de conciencia si dejara sin elogio los sábados, Son éstos los días exquisitos del Rosario, los días simpáticos, los días esperados. En ellos se termina la semana, se obtiene desahogo y se forman los programas para el domingo.

Nada valen en gracia, distinción y originalidad los célebres «week-end» de Jaime Barrera ante la alegría, la cordialidad y las ilusiones de estos sábados del Colegio.

Pasados los sustos de las lavanderas, guardadas las máquinas de afeitar, rezado un fervoroso rosario y apurada una comida como todas, viene la hora de las guitarras, del violín, de las rumbas y de los tangos. Suelta el antioqueño sus endechas favoritas, el costeño-desgrana sus antillanas chirimías, mientras el caucano revuelve su repertorio en busca de su más conmovedora canción.

Y en baile, música y entusiasmo se va la hora que una campana inclemente asesina con su grito destemplado.

Mayo constituye para el Rosario un mes por excelencia. En él cunde la devoción, se desborda la generosidad y florece el amor filial. Es el mes de María, el de la Bordadita, por lo tanto, la Patrona del Colegio. El altar se colma de azucenas y de rosas y brillan en su honor las luces todas que el óbolo del rosarista adquiere.

Imprenta de LA LUZ

Y ENCUADERNACION

CARRERA 7.^a, NUMERO 14-60—TELEFONO 42-67

Lisandro Franco B.

El establecimiento más capaz para editar libros, tesis, textos de enseñanza, entregándolos empastados, y Revistas científicas y literarias; hojas sueltas, libretas, etc. etc.

GRANDES CARTELONES

a varias tintas, y
AVISOS MORTUORIOS
de cualquier tamaño

También se hace cargo de toda clase de pastas para libros finos y corrientes

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)...	2.00
Número atrasado.....	0.30

AVISOS

1 Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$ » »	3.00
$\frac{1}{4}$ » »	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.